

**Dietrich von Hildebrand**, *La filosofía y la personalidad de Max Scheler*, Introducción y traducción de Israel Castillo, Madrid: Encuentro («Nuevo ensayo. Serie opuscula philosophica», 102), 2019, 13 x 20, ISBN 978-84-9055-951-2.

Este libro que apenas llega a cien páginas trata de mostrarnos los rasgos más personales de un filósofo poco común, de uno de los más geniales fenomenólogos del siglo XX, fundador de la antropología filosófica, brillante y polémico a la vez. Brillante por sus fascinantes exposiciones acerca de las disposiciones más hondas del hombre, por su penetración en la crítica de la moral kantiana y por sus propuestas fenomenológicas rescatando a figuras como san Agustín en lo que al papel de la virtud se refiere; polémico por sus virajes en el recorrido filosófico, a veces incluso contradictorio en sus aseveraciones. En sus escritos se entremezclan rasgos tan dispares como lo profundo, lo caótico, lo irónico, lo meticuloso, lo intuitivo, lo genial, lo paradójico, lo indisciplinado, lo superficial o lo irreflexivo... Todo un personaje tremendamente atractivo que no deja indiferente a nadie.

El autor del libro, Dietrich von Hildebrand (1889-1977) fue un amigo íntimo de Scheler (1874-1928) y lo conoce muy bien. No se considera discípulo suyo, pero sí deudor en gran parte de su filosofía. Fue su mejor amigo desde 1908 hasta 1921. Hildebrand observa en Scheler una *decadencia filosófica* a partir del año 1921-1922, año en el que ya su amigo se distancia de las ideas del mundo católico. Hildebrand se pregunta si esa decadencia aparece de un modo repentino o estaban ya en sus ideas tempranas, apostando más bien por esto último.

El primer capítulo de los tres que hay lleva por título *Max Scheler como filósofo moral*. Hildebrand subraya en esta sección cómo Scheler ha destronado por primera vez a la ética kantiana haciendo justicia al universo de los valores morales, «llegando

a sobrepasar incluso (...) los límites de la gran ética tradicional». Aún así, Hildebrand, con un tremendo respeto y asombro por la realidad de las cosas y con su rigor filosófico y metódico, menos genial y menos brillante pero más coherente que su amigo, se permite hacer algunas críticas al proceder scheleriano. Hildebrand a pesar de reconocer no pocas inexactitudes y falta de rigor en los escritos de Scheler, quiere hacer también justicia a la incontestable aportación de Scheler en el campo de la investigación ética con la que se reabre el contacto vivo con el mundo de los valores éticos. Con ello Hildebrand quiere poner bien alto en el tapete filosófico la figura de Scheler, frente a otros como Wittmann, que equipara la filosofía de Scheler a pensadores como Wildelband, Rickert y Messer.

El segundo capítulo lleva por título *La posición de Max Scheler ante el mundo de ideas católico*. A medida que se van conociendo los escritos de Scheler, se abre una expectativa muy grande en los círculos católicos. Pero es tan abrupto el giro de Scheler hacia posiciones panteístas en el año 1922, que se le reprocha que en su primera filosofía, la anterior a 1922, habría algo ya bastante contaminado que aupara después el trágico giro. Hildebrand se pregunta si ese reproche tiene algún fundamento. Para contestar a esto, Hildebrand pretende en este capítulo mostrar los motivos que provocaron el viraje filosófico.

Frente a la evidencia de un primer Scheler centrado, católico profundo y creyente se ve ahora a un segundo Scheler panteísta, desorientado, genial a la vez pero sin rumbo... Hildebrand achaca simplemente el cambio a «una proyección in-

consciente de su naturaleza en lo objetivo, un perderse en el disfrute de las propias singularidades (...)». La ruptura que se muestra en su filosofía después de 1922 no es exclusivamente de naturaleza material. También el modo de su filosofar se transforma cada vez más. (...) se verifica un filosofar constructivo que violenta los fenómenos y que ya no es llevado por el contacto con la cosa; un filosofar que sigue siendo ingenioso e interesante, pero que, contrastado con el profundo penetrar en el mundo del ser de la época anterior, resulta pobre e insignificante. Lo que anteriormente habían sido carencia e impurezas de su filosofía se han convertido ahora en verdadero principio, así sobre todo el gozar de simpatías y antipatías personales, la latente autodefensa, pero también el esquivar la verdadera penetración de los fenómenos y el esconder dicha actitud huidiza recurriendo a una vasta cantidad de ejemplos de los más diversos recintos del saber, que no obstante no ayudan en modo alguno a aclarar el problema filosófico.

Hildebrand explica este viraje scheleriano a la incapacidad de Scheler por conseguir un espíritu contemplativo. La debilidad de la voluntad, el dominio de los instintos entraba con gran rapidez en el espíritu del genio. Y esa entrada de la dispersión en el alma de Scheler junto con la atracción por el *ethos* ruso fue lo que desencadenó entre otras cosas y según Hildebrand la gran decadencia de su filosofía. Y así del Dios personal, creador del mundo pasó al «Dios que llega al ser en nosotros» al que nosotros tendríamos que redimir.

El tercer capítulo lleva por título Max Scheler como personalidad. Aquí Hildebrand intenta vincular la estructura de este

espíritu extraordinario con su obra. Así se destaca de la personalidad de Scheler que no era un investigador en el que el análisis metódico y disciplinado de la ciencia guiara su estudio. Pero por otro lado, el ojo espiritual de Scheler era más agudo que cualquier investigador de su época, captaba en su vivencia inmediata más cosas y más significativas que otros. «Todo comentario –nos dice Hildebrand– que hiciese en una cafetería, dando un paseo, en el teatro, en el baile o en cualquier otro lugar poseía una nota filosófica, revelaba el ojo espiritual abierto y de diáfana receptividad que llegaba a alcanzar lo especial y característico en cada situación y lo destacaba en su significación general». Pero no todo en él era ingenioso.

Podríamos decir que frente a Hildebrand, a quien la verdad y las cosas mismas eran las que guiaban y le hacían más disciplinado y fiel en su filosofar, a Scheler le llenaba siempre un afán de conocer cosas nuevas... Lo novedoso se antepone a lo verdadero. «No podía descansar en la posesión de la verdad, entregándose amorosa y volitivamente al objeto conocido, sino que al instante se sentía impulsado hacia nuevos conocimientos tan pronto como había conocido algo; pero no debido a una sed insaciable por la captación de la verdad en toda su magnitud, sino por motivo de una necesidad constante de nuevas impresiones».

Con todo, este libro nos hace más cercano al genio, que acostumbra a vivir en las alturas; más vulnerable y por tanto más amable a un hombre que sufrió la inestabilidad espiritual, filosófica y vital especialmente en sus últimos años de vida.

Alberto SÁNCHEZ LEÓN